

Ricardo Fernández Montalva



Hernán de la Carrera Cruz.

Este poeta nació en Santiago el 23 de Enero de 1866 y, según un crítico, es uno de los mejores poetas romántico. Pertenece a esa casta de los bardos, como Espronceda y Acuña, que dejaron inédito su mejor libro: el poema de sus vidas, ese que nunca fue escrito, pero que todo el mundo conoce y recuerda con afecto. Así, una estela de vivido idealismo que podría describirse en las páginas de una novela sentimental y emocionante. El literato don Antonio Iñiguez Vicuña inició a Ricardo en el culto de las letras, nombrándolo director de Revista "El Ateneo de Santiago". Por ese tiempo escribió varias novelas: "El lujo de las santiaguinas" (1884); "Merceditas", (1885); "El demonio de las venganzas", (1885); "El joven Julio" (1886); y "La bella aldeanita", 1886. El 5 de mayo de 1888 el Teatro Santiago estrenó su drama "La Mendiga", con gran éxito, según señalan las crónicas de aquella época. Los manuscritos de su drama araucano "Calaquena", tres actos en verso; de su drama "Honra por honra", y de su novela histórica "Caupolicán" fueron robados de su escritorio y seguramente destruidos por una mano vil.

Sus primeras poesías forman un pequeño volumen, "Infimas". Doce de estas composiciones fueron presentadas al segundo Certamen Varela (1887) y se publicaron en un volumen de obras premiadas en aquellos concursos, a los que concurren, entre muchos otros, Rubén Darío con sus "Rimas" y Eduardo de la Barra con dos colecciones de poesías sugestivas

"Rimas laureadas".

Ricardo Fernández Montalva fue todo un bohemio, y un bohemio de mucho talento, y de más corazón que talento. Era admirable su espontaneidad y facilidad para

concebir y dar forma dulce y armoniosa a sus bellas concepciones. Sus estrofas son ilusiones destrozadas, lágrimas de decepción, quejas a la vida. Siente un infinito amor a una santa mujer, su madre. Sufrió sonriendo y escribió imprimiendo en sus versos el sello de su alegre tristeza.

Con sus versos puros y sentimentales despertó hondas simpatías que rayaban en admiración y afecto. Cuando murió, siendo redactor del diario "La Reforma" de Valparaíso, el 5 de Noviembre de 1899, cada artista, cada lector, cada mujer soñadora le lloraron como a un hermano. En un número extraordinario de "La Lira Chilena" sus admiradores tejieron para él una corona de siempre vivas.

Esa fue la bohemia de quien pudo decir como el poeta de "Las Nubes": "Plantad, caros amigos, cuando muera / un sauce en mi morada de reposo. / ¡Amo tanto su triste cabellera!...

Podemos, además, mencionar dos de sus poesías: "La Vieja Canción" y "La Estatua".